

Ernest Hemingway

Dos relatos de la oscuridad.

Prólogo y Traducción de
Guillermo Niño de Guzmán

"Un hombre de mundo" y "Consíguete un perro lazarillo" fueron publicados por primera vez en la revista Atlantic Monthly en noviembre de 1957 y no han sido recogidos en libro ni vueltos a editar. Si bien es cierto que no constituyen piezas fundamentales dentro de la narrativa hemingwayana, ambos cuentos presentan un doble interés.

En primer término, consideremos que Hemingway no había publicado cuentos desde 1939. ¿Por qué? Es difícil saberlo. Durante los primeros diez años de su carrera literaria (1923-1933) había publicado más de cuarenta reunidos en tres colecciones y hacia 1939 pasaban ya del medio centenar. Luego sobreviene un largo período de silencio que se extiende por espacio de una década (1940-1950). La aparición de Al otro lado del río y entre los árboles (1950) corrobora, según los críticos, las suposiciones de que Hemingway estaba agotado. Lamentablemente la intolerante crí-

tica no supo apreciar una de las más hermosas y entrañables novelas hemingwayanas. Tendrían que pasar dos años más para que los críticos se retractasen a raíz de la publicación de El viejo y el mar (1952). Sin embargo, este libro fue el último que su autor publicó en vida. Es indudable que el ritmo de producción de Hemingway decreció a partir de los años cuarenta. De cualquier modo, esto no significa que dejó de escribir o que disminuyó la calidad de lo escrito sino, más bien, que una exigente capacidad de autocrítica determinó que Hemingway dilatará sus publicaciones. Esto puede constatarse con los numerosos manuscritos inéditos (veintitrés kilogramos depositados en la caja de seguridad de un banco cubano) que se hallaron a su muerte. Estos dos cuentos tienen, pues, el atractivo de haber sido escritos en el último periodo de su vida y de ser los únicos publicados en el lapso 1940-1961.

En segundo término, su importancia radica también en la posibilidad de conocer al Hemingway de los últimos años, aquel hombre apesadumbrado que terminaría sus días descerrajándose un tiro de escopeta en la cabeza. Ambos cuentos tratan sobre la ceguera y es muy probable que ésta haya sido una de las preocupaciones que asaltaron a Hemingway cuando se vio afectado por los trastornos psíquicos que lo llevarían finalmente a tomar una determinación tan trágica como el suicidio.

"Un hombre de mundo" fue escrito entre mayo y junio de 1957. La historia nos presenta a Blindy, un simpático vagabundo invidente, en un bar de Jessup, pueblo de Wyoming. El cuento está narrado en primera persona por un hombre llamado Tom y nos trae reminiscencias de aquellos protagonizados por Nick Adams, en los cuales se refieren las experiencias de sus viajes a través del país, tomando como escenario bares, pueblos y estaciones de tren. Tom es una continuación del personaje de Nick Adams, aunque esta vez ya no se trate de un muchacho sino de un hombre maduro. Su relato acerca de Blindy nos capta inmediatamente la atención, especialmente por la buena ambientación. Además, en el cuento se respira un clima de violencia que nos remite a "Los asesinos", "La luz del mundo" y "El luchador", e hilvana con la mejor tradi-

ción de personajes vagabundos en la literatura norteamericana, desde Mark Twain hasta Jack Kerouac. Uno de los principios fundamentales de la creación según Hemingway es transmitir emociones y sentimientos y causar una fuerte impresión en el lector, aun cuando fuese necesario hacer uso de medios más o menos truculentos, como en este cuento. "Creo que es un buen relato", dijo el propio autor. Un juicio sin duda exagerado, si se compara la historia de Blindy con los cuentos que publicó en la década del 20.

"Consiguete un perro lazarillo" fue escrito durante el verano de 1956 y, al igual que en el anterior, el protagonista es un ciego. Sin embargo, ahora no se trata de un vagabundo sino de un escritor llamado Philip que se encuentra en Italia en compañía de su mujer. Posiblemente la historia tenga sus antecedentes en la estancia de Hemingway en Italia en 1948-1949. Una mañana de abril de 1949 Hemingway amaneció con fiebre y con una fuerte irritación en el ojo izquierdo. El médico dedujo que no era más que una simple conjuntivitis. Con el correr de los días el estado del ojo empeoró a tal punto que el escritor ya no podía ver con él y tuvo que ser internado de urgencia en una clínica donde se le sometió a una cura intensiva con penicilina. Estuvo en ese trance cerca de un mes y Mary, su esposa, lo distraía leyéndole libros y revistas, tal como lo hace la mujer de Philip en el cuento. "Estaba aburrido, imposibilitado de leer y deprimido", cuenta Mary acerca del estado de su esposo en su libro de memorias.

En 1954 Hemingway tendría nuevos problemas con la visión del ojo izquierdo. Cabe recordar también que la debilidad de este ojo fue consecuencia de los combates de boxeo que realizó en su adolescencia y fue además la causa por la cual se le impidió enrolarse en el ejército regular en la primera guerra mundial. Volviendo al punto, en 1954 Hemingway retornaba al Africa para realizar un safari después de veintidós años. Sin embargo, su reencuentro con el continente africano fue poco feliz. Por el lado de la caza todo marchó bien. El león al que se refiere la mujer de Philip en el cuento es una alusión directa al león que cazó Mary bajo las instrucciones de Hemingway después de varios días de acecho y per-

secución (sobre el particular puede revisarse "Mis Mary's Lion", parte II del libro inédito *Diario africano*, que apareció por primera vez en *Sports Illustrated*, enero 3, 1972). El lado penoso de la aventura ocurrió al regreso. El 21 de enero de 1954 tomaron en Nairobi una avioneta con destino al Congo Belga. Sobre las cataratas de Murchison, en el lago Victoria, una bandada de ibis cruzó delante del aparato y al descender el piloto para evitarla tropezó con un cable de telégrafo y la avioneta se estrelló contra el suelo. Afortunadamente, aparte de algunos golpes, las consecuencias no fueron muy graves. Sin embargo, tuvieron que esperar toda una noche para poder ser rescatados al día siguiente. Fueron transportados a Butiaba, donde tomaron un nuevo avión para Entebbe, pero con tan mala suerte que durante el trayecto el avión se incendió y fue a dar en tierra. Este accidente sí fue mucho más grave que el anterior. Hemingway sufrió severos golpes en la cabeza, quemaduras de primer grado en la cara y brazos, vértebras rotas y la pérdida temporal de la visión del ojo izquierdo. Aparte del hecho de que Hemingway se sintiera muy contento de haber sobrevivido a dos accidentes aéreos y sobre todo de haber leído en dos oportunidades los obituarios y homenajes que le dedicaban los periódicos al creerlo muerto, es bastante probable que las consecuencias fueran mucho más serias que lo que se consideró al principio. En el cuento *Philip* parece haber perdido la vista como resultado de un accidente tan grave como éste. Además, nótese que los golpes recibidos le han afectado la memoria y su restablecimiento es muy dificultoso. La convalecencia de Hemingway fue lenta y su completa recuperación demoró varios meses. Este fue el pretexto que esgrimió para no concurrir a Estocolmo a recibir el Premio Nobel que la Academia Sueca le había otorgado ese año.

La preocupación por la ceguera no parece haber concluido con los dos incidentes que hemos referido. Según su hijo Gregory, en 1960 Hemingway habló con él por teléfono desde la Habana y le dijo: "He visto a un buen doctor hoy, quien me dijo que tengo una rara enfermedad que produce ceguera e impotencia crónica". En esta época Hemingway ya había comenzado a experimentar los primeros síntomas de sus problemas psíquicos y, de acuerdo con la

opinión de Gregory, la mayoría de sus preocupaciones —como ésta— eran muy exageradas, probablemente por su carácter obsesivo.

Cuando Hemingway escribió estos cuentos se encontraba en el umbral de su declinamiento físico y emocional. Según Mary, "al mecanografiarlos estaba confundida por la disparidad entre el alegre y buen temperamento de mi compañero en esos días y las preocupaciones que se fraguaban en su cabeza". Estas palabras resultan muy significativas para descubrir al verdadero Hemingway. Siempre se le ha considerado como el hombre de acción, duro e invencible, cuando en el fondo era un ser muy inmaduro, profundamente sensible y vulnerable, con una permanente inseguridad. Por ello un natural mecanismo de defensa le obligaba a encubrir sus sentimientos bajo la máscara del hombre rudo y displicente. Nada más y nada menos que un gigante con los pies de barro. En los últimos años, las dudas, remordimientos y temores se hicieron tan persistentes y abrumadores que afectaron inevitablemente su capacidad para escribir así como su energía necesaria para las acciones tan vitales que estaba acostumbrado a realizar.

"Un hombre de mundo" y "Consíguete un perro lazarillo" son representativos de la obra de Hemingway en tanto reflejan dos de sus grandes temas recurrentes: la ternura y la violencia. Por supuesto, no constituyen lo mejor de su producción. Por otro lado, las consideraciones de Philip en torno a la escritura pueden tomarse como una referencia directa al método flaubertiano que el narrador norteamericano seguía con meticulosidad. El final de ambos cuentos nos ofrece también la habitual lección de estoicismo. A pesar de la desgracia personal, tanto Blindy como Philip abrigan la secreta esperanza de recuperarse afrontando con valor las circunstancias y de esta manera poder triunfar sobre la adversidad. Nuevamente el héroe es destruido pero se resiste a ser derrotado. Es la misma actitud que mostró Hemingway cuando sintió que ya no podía escribir, beber, hacer el amor, cazar, pescar . . . Vio sobrevenir la derrota, pero antes de sucumbir ante ella optó por la autodestrucción, fiel a su modo de vida y fiel también al de sus personajes. ■

UN HOMBRE DE MUNDO

El ciego conocía los sonidos de las distintas máquinas tragamonedas del bar. No sé cuánto le costó aprender los sonidos de las máquinas pero debió haberle tomado un buen tiempo porque únicamente se ocupaba de un bar por vez. Sin embargo, había trabajado en dos pueblos y comenzaría a hacerlo fuera de *Los Llanos* de ahora en adelante, siempre que fuera conveniente y estuviera oscuro en su camino hacia Jessup. Se apostaría al lado de la carretera cuando escuchara venir un auto y sus luces lo descubrirían y quizá se detendría y lo recogería o quizá no y seguiría de largo por la pista cubierta de nieve. Todo dependería si había sitio y si había mujeres en el vehículo porque el ciego hedía demasiado fuerte, sobre todo en invierno. Pero alguien siempre se detendría por tratarse de un invidente.

Todos lo conocían y lo llamaban Blindy, que es un buen nombre para un ciego en esa parte del país, y el nombre del bar donde ejercía su oficio era *El Piloto*. Al lado había otro bar, también con juegos y comedor, llamado *El Index*. Ambos eran nombres de montañas y los dos eran buenos bares con barras de los viejos tiempos y el juego era igual tanto en uno como en otro, excepto que probablemente se comía mejor en *El Piloto*, aunque se podía conseguir un buen asado en *El Index*. Además, *El Index* estaba abierto toda la noche y cubría el servicio de madrugada y desde el alba hasta las diez de la mañana los tragos eran por cuenta de la casa. Eran los únicos bares en Jessup y no tenían que hacer ese tipo de cosas. Pero esa era su manera de ser.

Probablemente Blindy prefería *El Piloto*, porque las máquinas tragamonedas estaban a lo largo de la pared, a mano izquierda si uno entraba mirando la barra. Esto le daba un mejor control sobre ellas que el que hubiera podido tener en *El Index*, donde éstas estaban desperdigadas ya que era un lugar más grande y con mucho espacio. Esa noche hacía mucho frío afuera y él entró con cámbanos en los mostachos y otros más pequeños con pus sobre

los ojos y evidentemente no lucía muy bien. Hasta su olor estaba congelado pero ello no duró mucho tiempo y comenzó a expandirse tan pronto como se cerró la puerta. A menudo a mí me era difícil observarlo pero lo estaba examinando con cuidado porque sabía que siempre estaba rodando de un lado a otro y yo no entendía cómo podía haberse helado de esa manera. Finalmente le pregunté.

— ¿De dónde vienes, Blindy?

— Willie Sawyer me dejó tirado allá abajo, pasando el puente del tren. No habían más autos y tuve que caminar.

— ¿Qué pasó que te hizo bajar? —preguntó alguien.

— Decía que olía muy mal.

Alguien había tirado de la palanca de una máquina y Blindy empezó a escuchar el zumbido. No salió nada.

— ¿Algún tonto jugando? —me preguntó.

— ¿No puedes oír?

— Todavía no.

— Ningún tonto, Blindy, y es la noche de un miércoles.

— Yo sé que noche es. No empieces diciéndome qué noche es.

Blindy se dirigió a la fila de máquinas palpando cada una de ellas para ver si no habían dejado nada en las cubetas por error. Naturalmente no había nada, pero esa era la primera etapa de su ronda. Regresó a la barra donde estábamos y Al Chaney le invitó a tomar un trago.

— No —dijo Blindy—. Debo tener cuidado con esas carreteras.

— ¿Qué quieres decir con esas carreteras? —le preguntó alguien—. Tú solamente vas por una. De aquí a *Los Llanos*.

— He estado en un montón de carreteras —dijo Blindy—. Y en cualquier momento tendré que irme y pasar por otras.

Alguien acertó en una máquina aunque no fue ningún gran golpe. De todos modos Blindy se acercó a ella. Era una máquina para monedas de veinticinco centavos y el muchacho que estaba jugando le dio una moneda de mala gana. Blindy la golpeó antes de guardarla en su bolsillo.

—Gracias —dijo—. Nunca la echará de menos.

—Es bueno saberlo —dijo el muchacho y puso una moneda en la máquina haciéndola funcionar otra vez.

Acertó nuevamente pero esta vez mucho mejor y sacó las monedas y le dio una a Blindy.

—Gracias —dijo Blindy. Lo está haciendo bien.

—Esta es mi noche —dijo el muchacho que estaba jugando.

—Su noche es mi noche —dijo Blindy y el muchacho siguió jugando pero ya no estaba ganando y Blindy estaba tan firme a su lado y parecía tan abrumador que finalmente el muchacho dejó de jugar y vino a la barra. Blindy lo había echado pero no se percató de ello porque el muchacho no dijo nada, así que Blindy solamente revisó las máquinas otra vez y permaneció allí esperando por algún otro que viniera y jugara.

No había nada de juego en la ruleta ni en la mesa de los dados y en la de póker sólo había jugadores sentados y cortando la baraja entre ellos. Era una velada tranquila en una noche de semana en el pueblo y no había ninguna agitación. El local no estaba ganando un centavo excepto en el bar. Pero en la barra se estaba cómodo y el ambiente había estado agradable hasta que Blindy entró.

Ahora todos pensaban si no sería mejor deslizarse por la puerta vecina de *El Index* o bien terminar e irse a casa.

—¿Qué quieres tú, Tom? —me preguntó Frank, el barman—. Este lo paga la casa.

—Estaba pensando en largarme.

—Tómame uno primero.

—Lo mismo con agua —dijo. Frank le preguntó al muchacho de pesadas Oregon Cities y sombrero negro que lucía cuidadosamente afeitado y tenía la cara abrasada por la nieve, qué

iba a beber, y el muchacho pidió lo mismo. Un whisky Old Forester.

Le hice una inclinación con la cabeza y alcé mi trago y los dos bebimos. Blindy estaba en un rincón al fondo de las máquinas. Creo que suponía que quizá nadie entraría si lo veían en la puerta. Y no es que fuera muy conciente de sí mismo.

—¿Cómo perdió la vista ese hombre? —me preguntó el muchacho.

—No sabría decirlo —le respondí.

—En una pelea —le dijo Frank.

—¿El en una pelea? —repuso el desconocido. Meneó la cabeza.

—Ajá —dijo Frank—. Y sacó esa voz chillona de la misma pelea. Cuéntale, Tom.

—Nunca supe de ello.

—No. No hubieras podido —dijo Frank—. Claro que no. No estabas aquí, supongo. Oiga, era una noche tan fría como ésta. Quizá más aún. Fue una pelea rápida también. Yo no vi cómo empezó. De repente aparecieron peleando de la puerta de *El Index*, Blackie, el que ahora es Blindy, y este otro chico Willie Sawyer, y se estaban pegando y pateando y arañando y mordiendo y vi uno de los ojos de Blackie colgando sobre su mejilla. Estaban peleando sobre el hielo de la carretera con toda la nieve amontonada alrededor y la luz de esta puerta y la de *El Index*, y Hollis Sand estaba justo detrás de Willie Sawyer que estaba atacando en busca del ojo y Hollis que seguía gritando: “¡Arráncaselo! ¡Arráncaselo como si fuera una uva!” Blackie estaba golpeando el rostro de Willie Sawyer y con una buena arremetida saltó sobre él y luego le metió otra seguidilla de golpes y rodaron al suelo y Willie Sawyer lo estaba rasguñando para lograr que lo soltase y entonces Blackie lanzó un grito como no se ha escuchado jamás. Peor que cuando degüellan un cerdo.

Blindy se había acercado por nuestras espaldas y al olerlo volteamos.

—“Arráncaselo como si fuera una uva” —dijo con su voz chillona y se paró frente a nosotros, moviendo la cabeza arriba y abajo—. Ese fue el ojo izquierdo. Me sacó el otro sin previo aviso.

Luego me siguió golpeando cuando no podía ver. Eso fue lo malo del asunto. —Se palmeó el pecho.

—Podía pelear bien entonces —dijo—. Pero me sacó el ojo antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando. Lo hizo con un golpe de suerte. Bueno —dijo Blindy sin rencor—, eso puso fin a mis días de luchador.

—Dale un trago a Blackie —le dije a Frank.

—Blindy es el nombre, Tom. Me gané ese nombre. Tú has visto cómo me lo gané. Fue el mismo tipo que me dejó abandonado en la carretera esta noche. El que me arrancó el ojo. Nunca nos hicimos amigos.

—¿Qué cosa le hiciste tú? —preguntó el desconocido.

—Oh, ya lo verán —dijo Blindy—. Lo reconocerán cualquier día que lo vean. Lo dejo como sorpresa.

—No querrá verlo —le dije al desconocido.

—Saben, esa es una de las razones por las que me gustaría ver a veces —dijo Blindy—. Sólo me gustaría echarle una buena mirada.

—Tú sabes cómo luce —le dijo Frank—. Fuiste y le pusiste las manos en la cara una vez.

—Lo hice de nuevo esta noche también —dijo Blindy animadamente—. Por eso me bajó del auto. No tiene ningún sentido del humor. Una noche fría como ésta le dije que debería involucarse completamente de manera que todo el "interior" de su cara no pescase un resfriado. Ni siquiera pensó que era gracioso. Ustedes saben, Willie Sawyer nunca será un hombre de mundo.

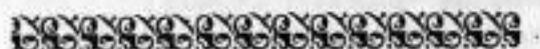
—Blackie porque vivo aquí no más en la carretera. Pero puedes dormir en la trastienda.

—Eres muy amable, Frank. Sólo que no me llames Blackie. ya no soy Blackie. Blindy es mi nombre.

—Tómame un trago, Blindy.

—Sí, señor —dijo Blindy. Su mano se alzó y encontró el vaso y lo levantó correctamente hacia nosotros tres.

—Ese Willie Sawyer —dijo—. Seguramente está solo en su casa. Ese Willie Sawyer que no sabe cómo pasarla bien después de todo.



CONSIGUETE UN PERRO LAZARILLO

—¿Y qué hicimos después? —le preguntó. Ella se lo dijo.

—Esa parte es muy extraña. No puedo recordarla del todo.

—¿Puedes recordar cuándo partió el safari?

—Debería. Pero no puedo. Recuerdo a las mujeres yendo por el sendero a la playa en busca del agua con los potes sobre sus cabezas y recuerdo al grupo de gansos que los *toto* trajeron hasta la orilla. Recuerdo cuán lentamente se movían y que siempre estaban yendo y viniendo de un lado para otro. Había marea alta también y las dunas eran amarillas y el canal atravesaba la isla lejana. El viento soplabá todo el tiempo y no había moscas ni mosquitos. Había un toldo y un piso de cemento y los postes que sostenían el toldo, y el viento que arremetía todo el tiempo. Estaba fresco todo el día y agradable y fresco toda la noche.

—¿Te acuerdas cuando el gran barco llegó y fue carenado con la marea baja?

—Sí, lo recuerdo y a la tripulación viniendo a tierra en los botes y llegando por el sendero de la playa, y los gansos que les tenían miedo y las mujeres también.

—Ese fue el día que cogimos tantos pescados pero tuvimos que regresar porque estaba demasiado picado.

—Lo recuerdo.

—Estás recordando bastante hoy —dijo ella—. No te esfuerces demasiado.

—Lamento que no hayas podido viajar a Zanzíbar —dijo él—. Esa playa de arriba donde estuvimos era un buen lugar para aterrizar. Se hubiera podido aterrizar y levantar vuelo de ahí muy fácilmente.

—Siempre podemos ir a Zanzíbar. No trates de recordar mucho hoy. ¿Te gustaría que te lea? Siempre hay algo en los New Yorkes pasados que hemos olvidado.

—No, por favor no leas —dijo él—. Habla solamente. Habla de los buenos tiempos.

—¿Quieres saber cómo está afuera?

—Está lloviendo —dijo él—. Lo sé.

—Está cayendo una buena lluvia —le dijo ella—. No debe ha-

ber ningún turista afuera con este tiempo. El viento está muy fuerte y podemos ir y sentarnos al lado del fuego.

—Podríamos de cualquier manera. Ellos me tienen sin cuidado. Me gusta oírlos hablar.

—Algunos de ellos son terribles —dijo ella—. Pero algunos otros son muy simpáticos. Realmente cree que los más simpáticos son los que van hacia Torcello.

—Esa es una gran verdad —dijo él—. No había pensado en ello. Realmente no hay nada rescatable en ellos, excepto que son un poquito simpáticos.

—¿Puedo prepararte un trago? —preguntó ella—. Tú sabes lo inútil que soy como enfermera. No he sido entrenada para ello y no tengo ningún talento. Pero puedo preparar tragos.

—Tomemos un trago.

—¿Qué cosa quieres?

—Cualquier cosa —dijo él.

—Será una sorpresa. Lo prepararé abajo.

Escuchó la puerta que se abría y se cerraba y sus pasos sobre la escalera y pensó: Debo hacer que se vaya de viaje. Debo ver la manera de hacerlo. Tengo que pensar en algo práctico. Estaré así por el resto de mi vida y debo pensar en otras salidas para no destruir su vida y arruinarla. Ha sido tan buena y eso que no ha sido hecha para ser buena. Quiero decir buena a tal punto. Quiero decir buena cada día y condenadamente buena.

La escuchó subir las escaleras y notó la diferencias de su paso cuando estaba trayendo dos vasos y cuando había bajado sin nada. Escuchó la lluvia golpeando contra el vidrio de la ventana y olió los maderos de la playa ardiendo en la fogata. Cuando entró en la habitación él extendió su mano para el vaso demasiado rápido. Pero luego lo sintió alto y frío y cerró su mano sobre él y la sintió a ella chocar el vaso con el suyo.

—Es nuestro trago de siempre para cuando estamos fuera —dijo ella—. Campari y Gordon's con hielo.

—Me alegra de veras que tú no seas una chica que dice 'en las rocas'.

—No —dijo ella—. Yo nunca diría eso. Nosotros *hemos estado* en las rocas.

—Firmes sobre nuestros pies cuando las cosas no caminaban y parecía para siempre —recordó él—. ¿Te acuerdas cuándo excluimos esas frases?

—Eso fue la vez de mi león. ¿No era un magnífico león? No puedo resistir las ganas de verlo.

—Yo no puedo tampoco —dijo él.

—Lo siento.

—¿Recuerdas cuándo excluimos esa frase?

—Por poco lo digo de nuevo.

—Sabes —le dijo él—, somos terriblemente afortunados de haber venido aquí. Lo recuerdo tan bien que puedo palparlo. Esa es una nueva palabra y la excluiré pronto. Pero es realmente maravilloso. Cuando escucho la lluvia puedo verla sobre las piedras y sobre el canal y sobre la laguna, y sé cómo los árboles se inclinan con cada ramalazo de viento y cómo la iglesia y la torre reciben cada haz de luz. No podíamos haber venido a un lugar mejor para mí. Es realmente perfecto. Tenemos el radio indicado y una buena grabadora y voy a escribir mejor de lo que habría podido jamás. Si te tomas tu tiempo con la grabadora puedes entender correctamente las palabras. Puedo trabajar despacio y puedo ver las palabras cuando las digo. Si están mal las escucharé mal y puedo hacerlo de nuevo y trabajar con ellas hasta que estén bien. Amor, de cualquier manera no hubiera podido ser mejor.

—Oh, Philip. . .

—Mierda —dijo él—. La oscuridad es solamente la oscuridad. Esto no es la verdadera oscuridad. Puedo ver muy bien en mi interior y ahora mi cabeza está cada vez mejor y puedo recordar y hacerlo bien. Espera y verás. ¿No he recordado mejor hoy?

—Cada vez recuerdas mejor. Y estás recobrando fuerzas.

—Yo soy fuerte —dijo él—. Ahora si tú . . .

—¿Si yo qué?

—Si tú te vas por un tiempo y tomas un descanso y te alejas de esto y cambias de ambiente.

—¿No me quieres?

—Claro que te quiero, amor.

—¿Entonces por qué tenemos que hablar de que tengo que irme?

Yo sé que no soy buena para cuidarte pero puedo hacer cosas que otra gente no puede, y además los dos nos queremos. Tú me quieres y tú lo sabes y nosotros sabemos cosas que nadie más sabe.

- Hacemos cosas maravillosas en la oscuridad - dijo él.

-Y hacemos cosas maravillosas en el día también.

-Tú sabes que prefiero la oscuridad. De alguna manera es un consuelo.

-No mientas tanto -dijo ella-. No tienes que ser tan endiabladamente noble.

-Escucha la lluvia -dijo él-. ¿Cómo está la marea ahora?

-Se ha retirado y el viento ha empujado el agua más lejos aún. Casi se podría caminar hasta Burano.

-A cualquier parte excepto un lugar -dijo él-. ¿Hay muchos pájaros?

-Sobre todo gaviotas y golondrinas. Están abajo, sobre las dunas, y cuando se elevan el viento las coge.

-¿No hay ningún pájaro costero?

-Hay algunos en la parte de las dunas que solamente aparecen cuando hay un viento y una marea como éstas.

-¿Crees que algún día será por fin primavera?

-No sé -dijo ella-. Ciertamente no parece que fuera así.

-Bebiste todo tu trago?

-Acabo de hacerlo. ¿Por qué no tomas el tuyo?

-Lo estaba haciendo durar.

-Tómatelo -dijo ella-. ¿No era terrible cuando no podías beber?

-No, sabes -dijo él-. Lo que estuve pensando cuando te fuiste abajo era que podías ir a París y luego a Londres y podías ver gente y divertirte un poco y después podrías regresar y tendría que ser primavera para entonces y podrías contarme todo sobre cada cosa.

-No -dijo ella.

-Pienso que sería inteligente hacerlo -dijo él-. Tú sabes que ésta es una carga excesiva de estúpido trabajo y tenemos que aprender a caminar por nosotros mismos. Y no quiero cansarte. Tú sabes. . .

—Quisiera que no dijeras tanto 'tú sabes'.

—¿Ves? Esa es una de las cosas. Podría aprender a hablar de una manera menos irritante. Estarías loca por mí cuando regresaras.

—¿Qué harías en las noches?

—Las noches son fáciles.

—Apostaría que lo son. Supongo que has aprendido cómo dormir también.

—Voy a hacerlo —le dijo y bebió la mitad del trago—. Eso es parte del Plan. Tú sabes que es así como funciona. Si te vas y te diviertes un poco tendré la conciencia tranquila. Entonces con la conciencia tranquila por primera vez en mi vida dormiría automáticamente. Tomaré una almohada que represente a mi buena conciencia y la rodearé con mis brazos y me iré a dormir. Si me despierto por cualquier motivo sólo pensare en cosas hermosas, alegres y sucias. O haré maravillosas y estupendas resoluciones. O recordaré cosas. Tú sabes que quiero que te diviertas. . .

—Por favor no digas 'tú sabes'.

—Me concentraré para no decirlo. Está excluida pero me olvido y no la excluyo. De cualquier modo no quiero que seas un perro que está detrás de mí todo el tiempo.

—No lo soy y tú lo sabes. En todo caso se trata de un perro lazarillo, no un perro guardián.

—Lo sé —le dijo—. ¿Te importaría mucho venir aquí y sentarte?

Ella vino y se sentó a su lado sobre la cama y juntos escucharon la fuerte lluvia golpeando contra el vidrio de la ventana y él trató de no sentir su cabeza y su adorable rostro de la manera que un ciego siente y no había otra forma de poder acariciar su cabeza excepto aquella. La atrajo hacia él y la besó en la frente. Tendré que intentarlo otro día, pensó. No debo ser tan testarudo con ella. Ella es tan adorable y yo la quiero tanto y le he hecho tanto daño y debo aprender a cuidarla bien del modo que pueda. Si pienso en ella y sólo en ella, todo marchará muy bien.

—No diré más 'tú sabes' —le dijo—. Podemos comenzar con eso.

Ella meneó la cabeza y él pudo sentirla temblar.

- Puedes decir todo lo que quieras —dijo ella y lo besó.
—Por favor no llores, mi amor —dijo él.
—No quiero que duermas con cualquier miserable almohada.
—No lo haré. No con ninguna miserable almohada.
Acábala, se dijo. Acábala ahora mismo.

—Mira, *tú* —dijo él—. Ahora iremos abajo y almorzaremos en nuestro agradable lugar de siempre junto al fuego y yo te diré cuán maravillosa mujercita eres y lo afortunados que somos.

- Lo somos de verdad.
—Todo saldrá bien.
—Lo único que quiero es que no me hagas irme.
—Nadie va a hacer que te vayas jamás.

Pero bajando las escaleras, tanteando cada peldaño con cuidado y agarrando la baranda, pensaba: Debo sacarla de aquí y hacer que se vaya tan pronto como pueda sin herirla. Porque de esta forma no lo estoy haciendo muy bien. De ello puedes estar seguro. Pero, ¿qué más puedes hacer? Nada, pensó. No hay nada que puedas hacer. Aunque tal vez, con el tiempo, podrás hacer algo mejor.

